

A Solas

Amarie P. King



Capítulo 1

Abrió y cerró los ojos varias veces antes de poder ver algo medio borroso. La bombilla soltaba destellos cegadores muy molestos. Un cuenta gotas de lágrimas le corrían por los pómulos y la cola de las cejas hasta perderse contra el suelo. Toda la habitación giraba igual que una noria de Park Island mientras un fuerte pitido sonaba con fuerza. No sabía muy bien si provenía de su cabeza o de fuera. De lo único que estaba segura era de lo molesto y tedioso que resultaba.

Estaba desorientada, dolorida y posiblemente magullada. Nada preocupante o extraño. Si estaba en el suelo tirada, que podía esperar. ¿Encontrarse bien? No, claro que no. Ya se había encontrado alguna que otra vez en situaciones parecidas. Esta sería otra de tantas. ¿Verdad? Sí, claro que sí. Tenía una vida aburrida en la que nunca pasaba nada emocionante. Ya sabéis...o no. Se levantaba, iba al trabajo y se volvía a la cama. Así una y otra vez hasta que llegaba el día del desmadre. Un día al mes donde se permitía salir, un día donde todo estaba permitido y nunca pasaba nada que glorificar o guardar para el recuerdo. Un día que solo servía para recordarle la vida que no eligió.

Acarició con las manos el suave y blando suelo enmoquetado. Era como estar flotando sobre una nube. Una de esas que tanto le gustaba ver a través de una de las ventanas del tren que cogía todos los días para ir al trabajo. El camino se hacía mucho más ameno cuando intentaba darles forma. A veces extrañas y otras de lo más normales. Tenía su pequeña escapatoria, igual que todas las personas que la acompañaban en el viaje. Leían, escuchaban música, hablaban, dormían, jugaban, mandaban mensajes y todo eso que suele hacerse en un trayecto de cuarenta y cinco minutos.

Se levantó completamente aturdida, tanto, que se fue contra una silla. Por un momento se quedó sin respiración. Resultaba de lo más molesto, como bien sabía ya. Carraspeó, no muy fuerte, le dolía la garganta, tosió y maldijo, nada grave ni ofensivo.

<<Mierda>> se mordió el labio. Un sabor dulzón inundó su delicado paladar. Era peor que un dolor de muelas. Odiaba todo lo dulce.

Hizo un extraño ruido con la boca. Casi parecía un silbido.

—Sí que pillé una buena a noche —trató de levantarse, otra vez. Aquella maldita silla rodó demasiado sobre la moqueta, cuando tendría que haberse quedado quieta. Tuvo que darse la vuelta y ponerse de rodillas para ponerse de nuevo en pie. Parecía una tortuga intentando

levantarse—. ¿Dónde estoy?

El pitido disminuyó y el dolor de cabeza aumentó un poco más.

—Que sed tengo —se acarició los labios con la lengua en un vano intento por humedecerlos. No funcionó. Buscó algo de beber. Cualquiera diría que era una insensatez beber algo de un lugar en el que te acababas de levantar y sin saber cómo has llegado hasta allí—. Ahí parece que hay algo.

Caminó hasta la botella casi con ansia. Un calambre le recorrió desde la muñeca hasta el cuello. Pasó del tema, solía ocurrirle mucho cuando jugaba al tenis. Ahora no estaba jugando al tenis, lo sé, pero el dolor aparece y desaparece cuando quiere. Es igual que un niño caprichoso. Siempre a sus anchas. Desenroscó el tapón con torpeza. Dejó que cayera al suelo. No importaba. No lo volvería a usar. Bebió hasta que el agua cristalina y fría como un tempango, le corrió por la comisura de la boca, hasta llegar a camiseta. Había hecho su propia fiesta de camisetas mojadas. Todo un lujo universitario.

Soltó la botella tras saciarse y, casi sin darse cuenta se encontró en la entrada de la habitación.

Abrió la puerta con cautela. Casi a cámara lenta, y vio algo que no podía creer. El pasillo y la habitación no tenían nada que ver. Era como si hubieran sido sacados de otro tiempo y lugar. Volvió la mirada de nuevo a la habitación. Estaba impecable. De paredes de yeso lisas y rectas, pintura en un tono ocre, suave y refrescante. Tenía las estanterías repletas, pero no demasiado, en plan agobiante, de fotos, libros y los adornos típicos que solían salir en los roscones de reyes. Una silla y una mesa de lo más normales. Y luego estaba la moqueta. Simplemente era perfecta. Sin olores raros, suciedad o marcas.

Salió al pasillo. Las paredes desnudas dejaban ver los listones de madera una vez cubiertos de yeso. Una ráfaga de aire frío le abofeteó la cara sutilmente maquillada. La temperatura bajo de golpe unos grados.

Arrancó un trozo de ese yeso marchito. Le recordaba al turrón duro de almendras que comía en navidades y que solía guardar para unos meses después. Podía incluso olerlo. El rugido de las tripas resonó con fuerza dentro de su estómago. Aquel recuerdo le abrió el apetito. Un mal lugar donde tener hambre.

Pisó el primer escalón. Crujió con fuerza, joder sí que lo hizo. Hasta pudo sentir como se combaba un poco. Pulsó el interruptor que colgaba, literalmente, de la pared.

—No parece que funcione —y no lo haría jamás. La lámpara y la bombilla descansaban, cubiertas por una gruesa capa de polvo, por toda la escalera. Tendría que conformarse con la luz de la luna llena que iluminaba fugazmente la escalera y el pasillo de abajo, que no llegaba a ver por culpa de la pared. ¿y cómo podía saberlo? Esa pared no estaba mucho mejor. La falta de tablas y yeso hacía que se viese a través de ella. Nada quedaba a la imaginación. Una nube de aire frío salió despedida de su boca.

<<No sé si es muy buena idea bajar>>

La idea de meterse en la habitación comenzó a rondarle la cabeza. ¿Qué iba a hacer allí? ¿Esperar? ¿Tumbarse en la cama y echarse un rato? Nada de eso parecía un buen plan. Tenía que salir cagando leches. Era más fácil de decir que de hacer. Siempre lo era. Parecía una casa grande. Encontrar la salida no sería nada fácil, o quizás sí. Una ventana, siempre y cuando no tuviese rejas, una puerta trasera, una rejilla de ventilación lo suficientemente grande, incluso un agujero en la pared serviría.

No era muy grande, delgada y no muy alta. Con el pelo largo, teñido en rojo sangre, labios pintados en morado, nariz afilada y pequeña, ojos verdes acompañados de una cejas finas y pómulos sonrojados. Vestía ropas deportivas, unas prendas un tanto extrañas si había estado de fiesta ¿no?

Volvió otra vez la mirada al colchón.

<<Parece cómodo, diría que incluso mejor que el mío>> no era cierto. Los dos colchones eran exactamente idénticos. La misma marca, el mismo material y las mismas medidas. Hasta las sábanas se parecían.

Negó con la cabeza y golpeó la pared. Apenas sintió el golpe. Ardía por dentro de rabia. Más tarde sentiría ese golpe, más que nada porque se clavó una pequeña astilla en el dedo meñique. Con lo molestas que son las pequeñas heridas.

Bajó por las escaleras con cuidado. Los escalones eran pequeños para su pie, y eso que tenía un pie pequeño. Parecía una construcción sólida, a pesar de su aspecto viejo y deteriorado. Crujían. Uno sí y otro no. Se topó con algunos escalones sueltos justo donde las paredes se curvaban y dejaban ver una puerta ennegrecida con tiras de pinturas colgando.

<<Vamos allá>>

Giró con suavidad el picaporte dorado. Empujó la puerta y se chocó contra ella. No se esperaba eso. Tan solo se abrió un par de dedos.

—Pero...que...mierda de puerta —ojeó un poco por el hueco. Poco pudo ver con claridad—. Aaaaaabreteeee joder.

La empujó, le dio patadas, maldijo y le volvió a dar patadas. Se hizo daño en el dedo gordo del pie derecho. Ese golpe sí que lo sintió. Le dolió, aunque no tanto como un golpe en el dedo meñique. Eso sí que era dolor. Otra uña menos. Consiguió abrirla lo suficiente para poder pasar de lado. Como era delgada y con el culo escurrido —solía decirle su abuela cariñosamente— pudo pasar sin problema.

Pasó a un pasillo ancho, tenebroso y no muy oscuro, con idénticas paredes semidesnudas. El yeso y la pintura dejaron de cubiertas hacia años, muchos más de los que Sara tenía. ¿y cuantos tenía? Bueno, eso no se le pregunta a una dama.

—Hola. Ahí...ahí alguien —oteó el pasillo con desconfianza. Como para no mirarlo así. Casi no se veía. La luz de la luna apenas si entraba. Toda se la llevaban las escaleras.

Jamás antes vio un pasillo tan largo y ancho dentro de una casa. En los programas de reformas de casas extravagantes, los había visto a cientos. ¿Se encontraba tal vez en una de esas casas que tanto adoraba? Puede que su misión fuese reformarla en algún tipo de nuevo reality. Eso sería genial. Había oído hablar de personas que firmaban contratos para ese tipo de programas estando un poco, digamos perjudicados después de una noche de desmadre. Despertaban sin saber dónde estaban, rodeados de un escenario de los más irrealista. Eso sería genial y una gran estupidez.

Era muy real. El dolor, el frío, la sed, la sangre en la boca, y el miedo, era lo peor de todo. Por eso mismo no le gustaban las películas de terror. Pasar miedo por mera diversión. Qué tontería, igual de grande que la idea de estar en un programa de televisión. Aunque, pensándolo bien, no hay que tenérselo en cuenta. Las mentes jóvenes suelen ser así, rodeadas de un mundo de luz y fantasía.

—¿Y ahora a dónde voy? —en cuanto a la ventana, estaba tapiada casi por completo con tablones clavados con mucho esmero. Una cortina vieja medio colgaba de una barra oxidada, cubierta de telas de araña y polvo. Menudo espectáculo. Si el polvo tuviese algún valor, había dado con todo un filón.

Todo un abanico de posibilidades se extendía ante ella. A la izquierda dos puertas, a la derecha tres y en el centro una puertas de dos hojas con cristales opacos. Avanzó con pasos temblorosos con un toque de cautela. Cualquier cosa podía salir de aquellas puertas.

No estaba sola. Los susurros del viento la acompañaban en todo momento. Comprobó uno a uno todos los picaportes, a excepción de la última puerta de la derecha. Ninguna hizo por abrirse, y esta última, no la comprobaría. Antes de comprobar si se abriría, escuchó algo que le produjo escalofríos. No podía explicar muy bien que era. Ni si quiera estaba segura de que se trataba. Tomó una decisión de lo más sencilla. Dejarla como estaba. Podía comprobarse a simple vista que llevaban un tiempo cerradas. De tal modo que las capas de polvo se convirtieron en su nueva vestimenta. Gris oscuro en su mayoría.

—Probemos con esta —posó la mano sobre el picaporte y soltó un gran suspiro. Casi se le escapa una oración de sus labios. Pero no una de alguna religión, no, más bien una oración del estilo de “ábrete por favor” o “venga, por lo que más quieras”—. También puedo romper el cristal —intentó ver tras ellos. Le fue imposible. Revisó con la mirada la puerta número tres.

No hubo que romper ningún cristal. El amago de oración pareció servir. La puerta se abrió con suavidad. Tras aquellos cristales se topó con un gran salón en su mayoría desierto, bien iluminado, hasta el punto de ser molesto, y frío.

<<Ese sofá no parece muy cómodo>> siempre pensaba en lo mismo al parecer. Y tenía sentido. Estaba hecha polvo. Cansada, le dolía la cabeza, las rodillas y estaba hambrienta.

Destrozado era la palabra perfecta para describir el sofá. Estaba sucio. Tenía los muelles al descubierto. La espuma triturada...

Pum

La puerta de cristales se cerró de golpe cuando Sara se encontraba a medio camino de la chimenea. Se llevó tal susto que los pies se le despegaron del suelo de parquet unos centímetros.

—¡Joder! —el corazón le rujía en el pecho con la misma fuerza que el motor de una vieja locomotora a vapor. Temblaba, ya no por el frío, si no de miedo—. Que...

El cristal aun temblaba cuando le echó una mirada fugaz. No podía y no quería mirarlo fijamente. Si lo hacía, el miedo se apoderaría del todo de ella. Gritaría, golpearía todo y lloraría. Jamás saldría. ¿Qué cómo lo sabía? La casa del terror. No parece que sea un lugar de verdadero pavor, y más sabiendo que es otra atracción más, de un parque de atracciones. Entró solo una vez. Cuando salió a los quince minutos, fue directa al puesto medido del parque, situado en la calle catorce, entre el puesto de cámaras

y los servicios.

Quizás todo ese miedo provenía del suspense generado por toda la propaganda que se encontraba dispersada en los carteles y en las historias de las personas que salían por la puerta del Degollado. Tal vez, y solo tal vez, no rompió en pánico por el simple hecho de que todo aquello era una pura realidad. Nada de la casa del terror existía fuera de sus cuatro paredes. Fantasma, monstruos, criaturas de otros mundos, y asesinos encarnizados. Todo era una gran patraña para asustar al público más susceptible.

<<Ha sido el viento de alguna ventana rota>> podía ser, porque no. Una ventana o una puerta pueden cerrarse solas por muchos motivos que pueden llegar a malinterpretarse por una mente muy imaginativa.

Localizó una silla destartada con el asiento y el respaldo de ébano. Estaba carcomida y raída por el paso del tiempo, las termitas y otras cosas. Dejó a un lado la espectacular chimenea de ladrillos y ganchos de hierro para colgar las ollas, para ir a por la silla. No fue una buena idea darle semejante patada. La estampó contra el suelo. Levantó una gran nube de polvo. Estornudó con tanta fuerza que se hizo daño en el esternón.

—No veas —soltó otro estornudo.

Le pegó un pisotón con todas sus fuerzas en uno de los laterales. El ébano se disipó a su alrededor.

—¡Mierda! —el gritó sonó por toda la habitación—. Que daño me he hecho.

Pensó en usar uno de los palos como arma. Parecía menos resistente de lo que se veía a simple vista. Si hasta había serrín en el suelo. Lo intentó una vez más. Obtuvo el mismo resultado. Se quedaría sin "arma" para enfrentarse a lo que fuese que había allí dentro. Si es que había algo, que aún estaba por ver.

—Esa...

Buscó una salida. Se fijó en la puerta de la derecha. Le gustaba. Estaba limpia, en comparación con las otras, claro. Allí estaba todo sucio, salvo la habitación que tanto echaba de menos y que tanto se arrepentía de haber abandonado.

Avanzó unos cuantos pasos.

Escuchó un ruido. Resopló y giró la cabeza al este. Vio un cuadro. Caminó despacio, con la mirada pensante y los labios palpitantes. Se acercó un

poco más y otro poco más, hasta tenerlo a escasos centímetros. Lo miró de extremo a extremo y...le pareció horroroso.

<<Mejor me alejo de esta atrocidad>> no sabía que palabras usar para describir el cuadro. El marco era barato, comprado seguramente en una tienda de todo a cien —perdón esas tiendas ya no existen y seguramente tampoco existían cuando el cuadro fue comprado— comprado en una tienda de todo a un euro. En un tono apagado. El lienzo o foto impresa imitando un lienzo. Prefería no pensar demasiado. El retrato le causaba inquietud.

Capítulo 2

Atravesó la puerta de la derecha. La que más le gustaba como bien sabéis, y entró en la cocina.

Esperaba encontrarla más, más repulsiva. Era una casa vieja. Pero no. Estaba bastante bien. Haber, dentro de las posibilidades de una casa abandonada. Vio cocinas de casas habitadas mucho peores. No tenía más que irse al último piso de estudiantes en el que vivió. Fue ahí, donde nacieron todas sus manías con la limpieza y el orden. Meses después alcanzó el siguiente nivel. Y todo por culpa o por fortuna, según se mire, de la mordedura de una rata.

<<Hace falta darle una buena limpieza>>

Abrió y rebuscó en todos los cajones y estantes en busca del algo que pudiera servirle, seguro que lo adivináis, de arma. Estaban pegajosos y mugrientos. Rotos y destrozados, pero no olían a podredumbre. Quizás el fregadero olía un poco, nada más.

—Veamos que ahí aquí —se le ocurrió la brillante idea de abrir el frigorífico—. Está vacío

Lo raro sería que estuviese lleno.

Cerró la puerta, se dio media vuelta y se quedó alucinada con lo que vio, casi asombrada podría decirse.

—¿Esto de cuándo es? —tocó las botones de una radio antigua, seguramente del siglo pasado, de madera de nogal y con una rejilla metálica—. Vaya antigualla. En fin que le vamos...

—Ji, ji, ji, ji. Holaaaaaaa —sonó con eco esa última palabra con sonido infantil, de niña pequeña.

—¡Joder!

Salió de la cocina a zancadas largas. Golpeó la puerta con fuerza y esta a su vez golpeó la ya maltratada pared que, no tuvo más remedio que soltar un estrepitoso quejido. Sara corrió por el salón como si le fuese la vida en ello. Y puede que así fuese. Estaba por ver. Se parecía mucho a la casa del terror. Las luces palpitantes. El frío. El miedo. Todo era muy parecido.

Logró coger el picaporte a la tercera. Dichoso dedos. Cuando más los necesitaba, se divertían pasándole una mala jugada. Lo giró una y otra

vez hasta que cayó en la cuenta de que no se abriría.

—Ji, ji, ji, ji, ji.

Miró con miedo en todas direcciones. Volvía otra vez a tener las mismas sensaciones que tanto se esforzó en esquivar y que desaparecieron con una simple pastilla verde con un nombre que ni sabía pronunciar. Que lastima no haber tenido una en ese mismo instante. Aunque para nada le serviría. Sara era una de esas personas que no podían tomarse una pastilla sin agua. Una putada doble. Sin pastilla y sin agua.

—Ji, ji, ji, ji, ji, ji —cada vez sonaba más fuerte.

Golpeaba la puerta con los pies a la vez que zarandeaba ambos picaportes. La madera crujía y los cristales se zarandeaban.

Corrió hacia la silla destartada después de dar una última patada de rabia, seguida de un chillido. No llegó. Tropezó con un tablón suelto. Vaya noche llevaba. Y aun no sabía que le quedaba una última caída más.

—Ji, ji, ji, ji, ji, ji, ji.

Se arrastró por el suelo. Corrían lágrimas por sus mejillas. Dejó un rastro marcado en el polvoriento suelo. Sollozaba. Por el miedo y el dolor de rodilla. Agarró la silla con ambas manos. Se puso en pie a duras penas. Gimió.

<<Que dolor>> pensó entre quejidos.

Arrastró la silla. Cojeaba, no mucho. Lo suficiente como para caminar ladeada. Ni el dolor, ni la cojera eran para tanto. Se hacia la víctima sin haberle ocurrido nada realmente.

Caminó hasta la puerta y se situó frente a uno de los cristales. No pudo ver su rostro reflejado en él. Como si importase. Levantó la silla y golpeó débilmente la puerta. Ni se enteró del golpe.

—Jodeeeeer —el corazón le latía con fuerza. La respiración le faltaba y sentía una ligera presión sobre el pecho.

Golpeó una y otra vez la puerta. Uno de los cristales estalló en pequeños fragmentos. Eran más fuertes de lo que aparentaban. Nada era lo que parecía ser ahí dentro. Miró el pasillo a través del hueco donde antes estaba el cristal. Lo hizo con cuidado. Algunos trocitos seguían pegados a la madera. Puntiagudos y afilados. Todas las puertas estaban abiertas de par en par. Una oscuridad tenebrosa manaba de ellas.

—¿Y eso? —acercó un poco más la cara—. ¿Qué hace ahí una toalla...? Ostia —se retiró todo lo rápido que pudo y se llevó las manos pecho. El ritmo de los latidos de su corazón subió una nota más.

Continuó dando golpes. Al cuarto, la silla se desmoronó. Jadeaba de cansancio. Para su sorpresa, la silla se vino abajo antes que ella. Estaba al límite de sus fuerzas. Otra sorpresa como la del pasillo, y explotaría en mi pedacitos.

—Ji, ji, ji, ji, ji, ji, ji, ji

Esa risa sonó tan cerca, que no se atrevió a darse la vuelta. A los temblores se les unieron los escalofríos. Tragó saliva. Cada vez le costaba más trabajo respirar. La temperatura volvió a bajar.

<<No se>>

Comenzó a girarse muy despacio. Las puertas del pasillo comenzaron a repiquetear. Se detuvo. Estaba paralizada.

—No...

Empezó a llorar a moco tendido.

— Ji, ji, ji, ji, ji, ji, ji, ji, ji. ¿Por qué lloras?

Las manos de aquella voz la agarraron de los hombros. Estaban frías. Sara empalideció cuando empezaron a darle la vuelta. Ya no lloraba a moco tendido. Enmudeció, y con razón. La mandíbula se le desencajó. Tenía los ojos tan abiertos que en cualquier momento saldrían disparados de sus cuencas. El nivel de terror supero con creces al de la casa del terror.

—Hola —seguía sonando a voz infantil.

Cuando estuvieron de frente, mirada contra mirada, la mano izquierda de aquella voz, hundió la hoja ennegrecida de un cuchillo en el vientre de Sara. Dejó escapar un grito sordo de terror. Se mordió la lengua. ¿Qué sería lo siguiente en morderse de la boca? Nada. El estómago le palpitaba y las piernas le flaqueaban.

El cuchillo salió de su vientre con dificultad. Fue zarandeada adelante y hacia atrás hasta que finalmente salió. Hizo unos ruiditos.

—Ji, ji, ji —le dio un empujón y Sara cayó una última vez contra el suelo—. Mi nombre es Silvia y el tuyo. Ji, ji, ji.

Dio unos saltitos a la vez que esbozaba una sonrisa. Se lo estaba pasando en grande.

—Bienvenida a mi morada —hizo una reverencia—. Hogar —sus delicadas manos sostenían un vestido imaginario de época—. Casa —volvió a erguirse—. Como quieras llamarlo.

Sara miraba desde el suelo como Silvia se daba golpecitos con el cuchillo en la mano contraria. Era surda e iba vestida con unos pantalones negros de deporte, una sudadera rosa con manchas rojas y un gorro rojo muy peculiar.

Sara tosió y escupió sangre por la boca. Esa tos no le hizo nada bien a la herida del vientre. La sangre seguía saliendo a borbotones por mucho que la tapase con las manos.

—Shiiii. Tranquila —se agacho a su lado y le acarició el pelo—. Resiste un poco más. Ya falta poco. Ji, ji, ji, ji.

Retiró las manos ensangrentadas de Sara de la herida.

—Diría que lo siento, pero estaría mintiendo.

¿Cómo podía tener una voz tan infantil? Al menos tenía treinta años.

—Si no hago esto moriré.

Clavó el cuchillo, en el estómago, como es obvio. Para que iba a abrirle una nueva herida teniendo ya una abierta. Movi6 el cuchillo hacia delante y hacia detrás, de izquierda a derecha. Hasta que obtuvo el resultado querido. Hizo cortes bastante irregulares.

—Entiéndelo. Un hada necesita sangre para vivir —se empapó las manos de sangre—. Es imposible que lo supieras, si ni siquiera sabes que existimos. Muy poco lo saben. Nos gusta la intimidad.

Probó un poco de sangre. <<Que calentita está>>

—Me llevaré un poco para luego. Espero que no te importe.

A Sara ya no le importaba nada. Dejó de respirar después de todos los cortes que Silvia le hizo. Ya no tenía miedo, ni frío, ni escalofríos.

—Que cayada estas amiga —se quitó el gorro rojo de la cabeza y lo metió dentro del estómago de Sara—. Mejor así. No me gustan los gritos ni las suplicas. Tengo un oído bastante delicado.

Quiso empaparlo bien. Era importante.

—¿Estas mirando algo? —siguió con la mirada hacia donde apuntaban los ojos de Sara—. Ese agujero no mola nada. Las casas viejas es lo que tiene, se caen a pedazos. Tranquila busca...buscaré una nueva pronto.

Dejó el gorro un rato en el interior.

—Llevas unos pendientes muy bonitos —los miró un poco más de cerca. Eran unos pendientes simples de bisutería en forma de conejo. Nada del otro mundo—. Te los cojo prestados. Yo tengo muy pocos, me hacen daño en las orejas. Espero que estos no, son muy bonitos.

Los cogió con cuidado. Se tiñeron de rojo. No le desagradó, así estaban mejor.

—El gorro tiene que estar listo. Ji, ji, ji, ji, ji

Sacó el gorro y se lo puso en la cabeza lo más ajustado posible.

<<En tu sangre reside tu alma. Seremos una sola. Que tu fuerza se funda en mi cuerpo>>

La sangre le corría por la cara. Cuando llegó a su boca, la relamió con la lengua. Estaba deliciosa.

—Adiós amiga mía. Tu sacrificio no es en vano.

Dio un salto y se puso en pie. Se relamió los dedos.

<<Esta de muerte>> caminó hasta la puerta y la cerró.

FIN



Todos los derechos reservados bajo el registro de la propiedad intelectual